

CAMARADA

P O R J U A N D

I
Sucedió una tarde en que el cielo estaba ornado de plomo. Sucedió en los campos toledanos, campos de roja tierra y verdes olivares, que aun conserva en sus entrañas el tañido de la flauta pastoril.

El viento corre húmedo amenazando lluvia y deja flotando en el ambiente un suave olor a tomillo. Silban las balas en torno con susurro traicionero, y todo me trae a la memoria el recuerdo de la muerte. Me parece verla pasear impaciente en el espacio comprendido entre las dos trincheras. Con la guadaña al hombro, al aire las huesudas extremidades, la veo pasar una y otra vez sin que sus pies apenas rocen el suelo. Mis compañeros también la presienten, pero permanecen mudos soñando con la imagen que llena sus pensamientos. Y en su sueño se figuran que las blancas manos de la madre o de la novia detienen diligentes la segar con que la Parca pretende segar sus vidas.

Yo no tengo en quién pensar, ni a nadie invocan mis sueños. Solo me quedé en el mundo siendo muy niño, para mi desgracia y compasión de las gentes. No añoro los mimos, porque nunca los he tenido. No echo de menos las caricias, porque su recuerdo se pierde ya en el olvido. Yo no tengo a nadie...

II

En vela los sentidos, los nervios en tensión, en silencio esperamos la orden de atacar. Por fin vibra en el aire con soniquete de gloria, y antes de que cese, ya han saltado la trincheras los más arrojados. Cuando tengo medio cuerpo fuera, una mano se posa en mi hombro. Es el corneta: catorce años, cuerpo de criatura y corazón de hombre. Tiene lágrimas en los ojos. Se escapó al frente al comienzo de la guerra, con ese impulso generoso que tuvo la juventud de dar su sangre por España. Lloro, río, y no acierta a decirme nada.

—¡Suerte, muchacho!

En seguida mis botas se hunden en el fango. La fuerte lluvia me azota el rostro. El viento me dificulta la respiración. Es imposible pensar en nada. Todo lo invade el sordo fragor del combate. Allá lejos veo las fortificaciones enemigas, terribles bocas de volcán con fulgor de lentejuelas.

De pronto... ¡Ay!... Angustias de muerte invaden mi cuerpo. La vista se me nubla como empañada, y las rodillas se niegan a sostenerme... Medio desfallecido, me dejo caer en el barro...

Después... Sólo recuerdo la luz tenue de los disparos como un brillar de lentejuelas; el suave olor a tomillo...; y que antes de la inconsciencia, ya en el caos de la muerte, murmuré soñando: «¡Ay, quién tuviera madre!...»

III

Sin abrir los ojos pretendo adivinar dónde estoy. Escucho rumor de tocas y siento unos pasos alados que van y vienen. Reina el silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por una tos, por un quejido...

Al fin abro los párpados y confirmo mis pensamientos. Aquella paz, el silencio reinante, aquel ir y venir con rumor de tocas, aquellos pasos que más se adivinan que

e sienten... Todo este piadoso conglomerado no podía darse más que en un hospital.

La luz del sol radiante de primavera hiere mis ojos. Lentamente voy abarcando toda la sala. Es pequeña, con grandes ventanales que dan a un jardín, donde el viento agita las ramas de un olmo centenario. Las solícitas Hermanas, siempre presurosas, van y vienen consolando a los heridos. El principio de una copla resga el aire:

«Y cuando vuelva a mi tierra
yo cantaré a mi morena.»

Alguien impone silencio; aun debe de ser muy temprano. El de la copla, un andaluz alegre y jocoso, sigue canturreando en voz baja. Ocupa la cama vecina y en cuanto puede me dice:

—¡Ni cantar puede aquí uno!

Siento deseos de preguntarle algo sobre mí. Ignoro el tiempo que llevo en el hospital, la gravedad de mi herida... Pero cuando intento incorporarme, se abre la puerta y en su umbral aparece una enfermera rubia, de dulce sonrisa, en la que al momento se prenden todas las miradas. Con lento andar, balanceando suavemente su fino talle, recorre uno por uno todos los lechos, y en todos ellos encuentra palabras de cariñoso respeto. Con mimosa ternura reparte cartas entre los heridos y les habla de sus familias. Los más apartados esperan impacientes su turno. Y unos le besan la mano llorando, otros le dan las gracias riendo. El andaluz le canta una copla... Y ni a mí tiene nada que decirme, ni yo puedo decirle nada. Para ahuyentar la emoción escondo la vista cuando pasa por delante. Pero es inútil. Al instante siento una mano en mi frente y escucho una voz dulcísima que me habla quedo. Una fuerza irresistible me hace volver la cabeza; clavo mis ojos en los suyos y ya no los puedo separar. Ella hace un gracioso mohín, y dice:

—¿Te encuentras mejor? Viniste anoche con cinco heridos más. Afortunadamente, nada grave. Luego me darás las señas de tus padres para escribirles. ¿Eres casado?

La emoción me impide hablar. Pero ella ha debido de comprender por mis lágrimas que estoy solo en el mundo y también llora...

Cuando se aleja siento más que nunca mi soledad. El andaluz me explica:

—Es la camarada buena. Lo único que vale la pena de estar aquí.

¡Camarada buena!

Sí; es un ángel... Es la enfermera con quien todos soñamos cuando la metralla busca con saña el cobijo de nuestra carne joven.

¡Camarada buena!

Y soñando con su sonrisa entorno los párpados.

IV

Por fortuna, mi herida, aunque dolorosa, es leve. Una bala de fusil que me atraviesa el muslo en su parte superior. No obstante, tengo que permanecer en cama varios días, hasta reponer fuerzas y poder manejar con las muletas. Cuando esto ocurre, es mi primer acto, muy de mañana, cumplir con la Iglesia.

Al arrodillarme para recibir a Jesucristo, presiento a mi lado la figurilla menuda de la camarada buena. Beben llanto sus mejillas y tiene los labios secos y apretados. Ahora no ríe; pero en la paz de su semblante adivino las sonrisas. Una cara bonita siempre parece que está sonriendo...

En los últimos días hemos intimado bastante. Sabe de todas mis penas y amarguras, como yo de las suyas, aunque ella lo ignora, y quizá porque el destino nos sumió a los dos en la desgracia, nos comprendemos mejor que los demás. La mayor parte de los días los ha pasado a mi lado y para mí han sido sus más brillantes sonrisas.

No tengo miedo a decir que estoy enamorado. Ella lo sabe y me consta que no le soy nada indiferente; pero siempre rehusa que la hable de amor. Varias veces ha huído de mi lado cuando la conversación marchaba por sendas peligrosas. Al principio me extrañaba mucho su conducta; pero luego, cuando supe de su vida pasada, vida de vergüenza y horror, comprendí sus turbaciones. Seguro estoy de que prefiere morir a mentarme algo de aquello que la ensombreció el alma. Ignora que yo lo conozco y que a pesar de ello la quiero, si cabe, aún más.

Después de la misa hemos salido al jardín a pasear entre los árboles. El día está lluvioso, y pronto el agua nos hace refugiarnos en un viejo cenador que hallamos al paso. Por última vez redoblo mis ataques para arrancarle esa confesión necesaria a nuestra felicidad. Y, al fin, apoya en mi hombro su cabeza y llorando comienza a contarme el horror de su vida.

Pero me bastan oír sus primeras palabras para atraerla fuertemente hacia mi pecho y sellar sus labios con los míos.

El trance doloroso ha pasado. Ya no quiero saber más. No me importa para nada su vida anterior; la creo buena. No entra en mis cálculos pensar en la maldad de un ángel. Y de esta forma apartamos de nosotros para siempre aquel punto que tan hostil nos fué. Ya sólo pensamos en nuestra felicidad presente. Ya no me encuentro abandonado.

¡Y qué hermoso es tener una persona que nos quiera!

V

Pero el destino es a veces cruel. Sin compasión alguna nos arrebató los más preciados dones de nuestra existencia, y todo ello sin que podamos oponer ninguna fuerza a la suya brutal. Podemos luchar en defensa de los más sagrados intereses, contra la misma vida; contra el destino no hay medio de lucha. Es la peor enfermedad del hombre, la que arruina vidas y naciones, el mundo entero, pues hace vicioso al individuo en cuanto que no le permite ni un movimiento más que los que él marca. Todos nos dejamos arrastrar por el destino. Y hay personas que nacen para siempre ser desgraciadas, de la misma manera que el hijo legítimo del rey ha de ser príncipe sin otra solución.



MOLINA
SANCHEZ

nos hace re-
ugiarnos en un
ejo cenador
ue hallamos al
paso.